

tando las aberturas de sus narices rasgadas como las bocas de los leones.

— *Bel-Khrer*, Magdalena nos espera.

Y el inteligente bruto tendía en el aire sus manos como dos alas, y la tierra huía debajo de sus piés.

— *Bel-Khrer*, hermoso *Bel-Khrer*, aquí está Magdalena.

Y el arrogante animal reprimía el ímpetu de su carrera y se detenía piafando.

Tan hermoso caballo era la admiración de las gentes, y su celebridad puso en moda á los caballos árabes. Se trajeron magníficos potros y arrogantes yeguas, pero ninguno logró oscurecer su gloria. Como había dicho el chalan, *Bel-Khrer* era *Bel-Khrer*, porque no había otro.

Miguel era feliz con su caballo, y empezaba á creer que, en efecto, todos los bienes del mundo estaban colgados en la crin que flotaba sobre sus ojos.

Tal era *Bel-Khrer Charel er" ehh*, bebedor de aire.

CAPÍTULO II.

Lord Walbrook.

Los ingleses lo hacen todo con suma formalidad, y acaso sea el único pueblo del mundo que ha conseguido reirse sériamente.

Nos llena de admiración y hasta de envidia el respeto que el inglés profesa á la ley.

En el teatro de no sé qué condado ocurrió que el taconeó de las botas sobre el entarimado de la sala producía un ruido desagradable, y este ruido, causado por los concurrentes que entraban despues de alzado el telon, interrumpía la atención de los espectadores, defraudándolos de una parte del espectáculo. El público se quejó del abuso, y la autoridad, como si dijéramos el alcalde constitucional de cualquiera de nuestras villas, ó lo que es ménos aún, el Gobernador

civil de cualquiera de nuestras provincias, se consideró en la obligacion, vista la queja, de mantener al público en la legítima integridad de sus derechos, é hizo saber por medio de un aviso formalmente puesto en la puerta del teatro, que se prohibia entrar haciendo ruido con las botas despues de comenzado el espectáculo, imponiendo á los contraventores la multa proporcionada á la gravedad de la falta.

Yo tengo la pretension de creer que en casi todas las penas pecuniarias hay cierta inmoralidad, pues viene á ser como poner en venta las infracciones de las leyes; lo cual constituye una desigualdad monstruosa en estos tiempos de igualdad ante la ley, mientras la escuadra de la civilizacion moderna no nivele las obstinadas diferencias de las fortunas.

No recuerdo en qué ciudad de la antigua Grecia, probablemente en Atenas, se impuso la pena de unos cuantos óvolos al delito de una bofetada, y un griego de genio y de dinero se mofó del Areópago, comprando por un puñado de monedas la facul-

tad de abofetear á todos sus conciudadanos.

Mas téngase en cuenta que en la práctica Inglaterra, tal vez más que en otro pueblo alguno, el dinero es la parte más temible del ciudadano, y se le ha hecho responsable ante la ley de todas las faltas y de algunos delitos; todo lo paga el dinero, lo cual equivale á reconocer que es el autor convicto y confeso de casi todas las miserias humanas; y hé aquí por qué sin duda la rica Inglaterra se cree con derecho á muchas iniquidades.

No obstante, un Baronet, demasiado formal para no tomar sériamente lo dispuesto por la autoridad, se presentó una noche en el teatro despues de comenzado el espectáculo, hundiendo el entarimado de la sala con golpes acompasados, algo distantes entre sí, como si anduviera con una pierna sola.

La autoridad hizo comparecer ante su presencia, dentro de los términos legales, al agresor, que con el mayor respeto acudió á la cita.

El alcalde, digámoslo así, le habló poco más ó menos en estos términos:

—Caballero, está prohibido entrar en el teatro haciendo ruido con las botas despues de empezado el espectáculo, y habeis incurrido en la multa señalada para este caso.

Traducida libremente la respuesta del Baronet á la interpelacion de la autoridad, fué ésta:

—Señor, amo á Inglaterra con todo mi corazon; soy inglés, y si no lo fuera querria serlo; pertenezco á los tres reinos unidos en cuerpo y alma. Si no existiera Inglaterra, ¡qué sería del mundo! Lóndres es la primera capital de Europa, y el Támesis el primer rio de la tierra; somos blancos como la plata y rubios como el oro. Miéntras hay todavía pueblos que viven esclavos bajo el yugo de una religion, nosotros, protestantes, tenemos ciento setenta sectas, inclusa la de los Mormones, que cuentan con cuatro capillas en Lóndres, cuando los odiosos yankees no se atreven á consentirlos en las grandes poblaciones de la orgullosa república. Soy inglés, señor, y he comprado alguna vez á peso de libras esterlinas los votos de mis conciudadanos, para llenar un hueco en la

Cámara de los Comunes. Inglaterra es un águila que se cierne sobre los mares; tenemos una supremacía incontestable sobre todas las naciones de Europa; el gobierno parlamentario, que no cabe ni en Francia, ni en Italia, ni en España, ni en Austria, ni en Prusia, ni siquiera en Bélgica, cabe holgadamente en Inglaterra, porque Inglaterra es grande. Las naciones que nos imitan se pierden, como se perderia el buho que quisiera elevarse á las regiones donde vuelan las águilas. Ser inglés es algo más que ser hombre. Soy inglés, señor, y amo á Inglaterra; mi respeto á la ley es más profundo que el mar, y hé aquí por qué no puedo pagar la multa que me exigis.

Abrió la autoridad una boca enorme, arqueó sus escasas cejas como diciendo: explicaos, y el Baronet se explicó de este modo:

—Está prohibido entrar en el teatro haciendo ruido con *las botas* despues de empezado el espectáculo, ésta es la ley; pues bien, yo entré haciendo sonar *una sola bota*, porque la otra la llevaba en la mano; me hacia daño, y me la quité al entrar; éste es el hecho.

La formalidad con que el Baronet pronunció estas palabras no era menor que la formalidad con que las oyó el magistrado. Eran dos hombres graves, dos hombres serios, que se hallaban frente á frente de una cuestion inmensa: la fiel inteligencia de un punto de ley; mas como para el espíritu preciso y positivo del inglés la ley no dice nunca más que lo que dice; el juez, esclavo, no de la ley, sino de la letra, bajó la cabeza, reconociendo que el Baronet no habia infringido su mandato.

Entre nosotros, mucho ménos formales que los ingleses, mucho ménos juiciosos que los sesudos hijos de la vieja Inglaterra, no habria ofrecido el caso duda ninguna; mas para el genio aritmético de un inglés, tratándose, sobre todo, de la fiel inteligencia de la ley, una bota no es lo mismo que muchas botas.

Digo, pues, que el magistrado dobló la cabeza y declaró al Baronet inocente de la falta que le habia atribuido.

A dia siguiente la disposicion adoptada para mantener al público en la legítima in-

tegridad de su derecho, apareció corregida en estos términos:

«Se prohíbe entrar en el teatro haciendo ruido con UNA Ó MÁS BOTAS despues de comenzado el espectáculo.»

No respondo de la verdad histórica del caso que acabo de referir, pero me parece que convendrémos en que *se non è vero, è ben trovato*, lo cual probará que es una manera feliz de dar al mundo idea cabal del respeto universalmente reconocido que los ingleses profesan á la ley.

Mas no se crea que son únicamente formales en sus relaciones con la autoridad; son igualmente serios en las relaciones particulares de ciudadano á ciudadano, y en las relaciones del ciudadano con la sociedad.

El inglés es siempre el mismo; eminentemente sociable, no falta nunca á las formas frias de la educacion más correcta, y á mi juicio, es un hombre que hasta para dormir usa el frac y la corbata blanca.

Hablo de esa Inglaterra que, reuniendo la aristocracia de la sangre y la del dinero, se levanta orgullosa sobre todas las naciones.

Hablo de esa Inglaterra que empieza en el baronet y sube hasta el lord; que empieza en el fabricante y acaba en el banquero; porque debajo de esa Inglaterra existe la plebe más abyecta del mundo. Medida Inglaterra desde la encumbrada altura del lord hasta la última profundidad de la sociedad inglesa, nos dará una extensión espantosa. Es verdaderamente una estatua colosal, que tiene el cuerpo de oro y los pies de barro. Esta Inglaterra subterránea empieza precisamente donde empieza el lodo de Londres, porque ella es el lodo mismo.

La formalidad se lleva entre los ingleses á los más severos términos, y han llevado los escrúpulos de su conciencia austera al extremo de considerarse á sí mismos incapaces de contratar despues de comer; no se creen hombres sino en ayunas. Piensan de sí mismos lo que la mujer de Siracusa pensaba de Dionisio el tirano.

Cuentan que un inglés se encontró una noche en el club ó en el café á cierta distancia de una persona desconocida, que en una mesa colocada enfrente de la suya apuraba

tranquilamente repetidas copas de ron, del verdadero ron de la Jamaica, observando con la curiosa impassibilidad de los hijos de la Gran Bretaña al personaje desconocido que tenía delante, inspirándole, al parecer, un interés particular, pues no le quitaba ojo.

Acertó á pasar por allí un amigo, al cual le preguntó :

—¿Conoceis á aquel caballero que bebe ron en aquella mesa?

—No, contestó el amigo; no le conozco.

Pasaron algunos minutos, y el personaje desconocido continuó bebiendo y nuestro inglés mirando.

Un segundo amigo pasó por delante de la mesa de este último y se acercó á saludarle.

—Y bien, preguntó despues de contestar al saludo. ¿Quién es aquel caballero que bebe ron en la mesa de enfrente?

—Sí, respondió el otro despues de examinar atentamente á la persona que se le designaba; no puede desconocerse; seguramente es un irlandés; se les conoce á primera vista.

—¿Lo tratais?

—¡Oh! imposible; no lo trato, porque ya sabeis que los irlandeses son intratables.

Poco despues se acercó á la mesa un tercer amigo, al que le fué dirigida la misma pregunta.

—Sin duda, contestó el recién llegado; lo conozco..... es un irlandés de ilustre familia, pariente, aunque lejano, del famoso O'Connell. Justamente he venido aquí en su busca; visita por primera vez á Lóndres, y me lo tiene recomendado una casa amiga de Irlanda.

El primero de estos dos interlocutores preguntó de nuevo :

—¿Podeis presentarme á ese caballero?

—Sí, contestó el segundo, y le haré en ello un buen servicio, pues no conoce á nadie, y vos sois un excelente amigo.

Ambos se dirigieron á la mesa del irlandés, y se hizo la presentacion en los términos breves y precisos que hay establecidos.

Terminada esta indispensable ceremonia, el inglés presentado, dirigiéndose al irlandés, le dijo :

—Caballero, no he podido dirigiros ántes la palabra, pues venis por primera vez á Lóndres y nadie os conoce. Felizmente he encontrado quien os conozca y me presente á vos, de cuya existencia en el mundo no tenía noticia ninguna por no haber visto jamas vuestro nombre en las columnas del *Times*. Ahora, que ya puedo dirigiros la palabra, me apresuro á poner en vuestro conocimiento que hace media hora que desde la mesa en que me hallaba he observado que os estais quemando el gaban..... Ved, caballero, ved el humo, que confundiéndose con el de vuestra pipa, se esconde para que no veáis de dónde sale.

El irlandés vió entónces que en efecto ardia su abrigo lentamente, formando el fuego sobre la tela de lana un círculo, grande ya como un peso duro, y con toda la calma irlandesa que encontró á la mano dió cumplidamente las gracias al inglés por el obsequio que acababa de hacerle, y acudió luégo á detener el incendio, que amenazaba tomar serias proporciones.

Tampoco respondo de la autenticidad de

este caso, y sólo lo cito, como el anterior, para que se advierta la idea que ha formado el mundo de la formalidad inglesa; cualidad que nosotros, locos de atar, botarates de todos los tiempos, no podemos apreciar en todo lo que vale.

Se ha dicho que los franceses hacen bien el amor, la comedia y la guerra, y aunque en los momentos actuales (21 de Abril de 1871) ofrezca lo último algunas dudas, hay que tener en cuenta que la Francia moderna no es la antigua Francia, y que por consiguiente, como nosotros, que seguimos sus pasos, ha tenido que perder mucho para ganar algo; especulación conocida con el nombre de quiebra.

En cambio los ingleses hacen muy bien todo lo que hacen, incluso el amor, la comedia y la guerra.

El amor, porque aún cuando el inglés está á punto de suicidarse de puro *spleen* á cada hora del día, no ofrece la larga estadística de los suicidios en Inglaterra muchos ejemplos de amantes desesperados.

La comedia, porque en el gran teatro del

Gobierno, nadie en el mundo hace con más perfeccion que ellos la farsa representativa.

La guerra, porque rara vez se meten en ella sin llevar á alguno por delante. Unas veces son los franceses, otras veces los españoles y otras veces los prusianos; ellos, en fin, se han reido muy formalmente de la pólvora, enseñando á Europa desde la India cómo se puede hacer la guerra con ópio.

Por lo demas, Inglaterra es el gran bazar de Europa; y preciso es confesarlo, estos grandes mercaderes tienen también su conciencia, de tal suerte que las manufacturas inglesas pueden tomarse á cierra-ojos, aunque para ello sea preciso ir con los bolsillos demasiado abiertos. En este punto nadie puede en Europa competir con Inglaterra..... Hasta el vino de Jerez, que es el padre de los vinos, es mejor en Lóndres que en Andalucía.

Ademas de las diversas cualidades que son necesarias para ser inglés, es casi absolutamente indispensable la excentricidad. La excentricidad no es la locura. Un inglés tiene demasiado seso, demasiado juicio para